

FERNANDO PLATA PARGA (ed.), *Ocho poemas satíricos de Quevedo*. Universidad de Navarra, Pamplona, 1997.

Uno de los más grandes enigmas del estado actual de la crítica literaria hispanista es que existan incomprensibles lagunas en medio de una relativa abundancia de estudios críticos, a pesar de las recientes (y por lo visto, recurrentes) crisis editoriales que —huelga decir— afectan de manera inevitable un género tan minoritario y poco remunerativo económicamente como es la crítica. Pues sí, por un lado, revistas y editoriales, a veces contra viento y marea, logran mantener al día a críticos y lectores en cuanto a novedades y últimos derroteros en lo que a la teoría literaria respecta; por otro, siguen sin existir estudios monográficos exhaustivos, recopilaciones igualmente exhaustivas de obras completas y hasta ediciones críticas de autores que bien merecen mayor cuidado. Que esto ocurra con un autor meritorio, sin llegar a ser principal o de primera fila, es ya lamentable; que ocurra con un Quevedo, es, desde luego, imperdonable. En palabras del editor, en la introducción del texto que aquí reseñamos, “este libro es una contribución a esa tarea” (p. 19), es rescatar del olvido crítico-editorial determinadas obras de Quevedo, a saber, y como reza su título, ocho poemas satíricos: “No os espantéis, señora notomía”, “Oye la voz de un hombre que te canta”, “Óyeme riguroso”, “Marica, yo confieso”, “Tú sólo, Cloris mía”, “Si el tiempo que contigo gasté lloro”, “Mi juguete, mi sal, mi niñería” y “En esta piedra yace un mal cristiano”.

Por incomprensible e imperdonable que pueda ser semejante olvido, es, hasta cierto punto, lógico, dentro de esa lamentable realidad de lagunas y vacíos. El solo nombre de Quevedo basta para empezar a explicar la lógica de la ausencia en su caso. Si al esfuerzo que de por sí exige la poesía de quien se parangona por su dificultad con Góngora dentro de las letras peninsulares —debido en gran parte, y por supuesto, a “la compleja red de alusiones y equívocos” (p. 20)—, añadimos otros obstáculos, el reto que podría explicar el vacío es aún más lógico. Plata, una vez más, nos lo recuerda en esa misma introducción: en primer lugar, las dificultades que de por sí plantea la poesía a la hora de su transmisión textual, en vista, entre otras razones, de la tradición oral y musical, que en el caso de Quevedo, para mayor complicación, ostenta un gran número de códices existentes. A esto habría que agregar la enorme fama del “montañés” que, como es sabido, abarca en el mundo hispano desde el más consumado lirismo al chiste más vulgar (remitible o no al poeta, poco importa al caso ahora). Fama, leyenda, mito, realidad: todo en Quevedo se une para que cualquier intento de fijar tal cantidad de textos poéticos sea complicado; de suerte que versiones y variantes, apócrifos y auténticos, se confunden con la misma facilidad con que se han entremezclado fantasía y realidad en la persona y obra del

poeta. Por si todo esto fuera poco, siete de los ocho poemas elegidos no han sido anotados antes, y su elección —de un total de veinticinco en heptasílabos y endecasílabos, variante menos estudiada que los sonetos y las silvas— obedece justamente al mayor grado de dificultad que ofrecen.

Planteada así desde la introducción en toda su complejidad la labor del crítico y encargado de edición, su metodología no escatima recursos para fijar los respectivos textos, ni para evaluar estudios y ediciones anteriores: desde el siglo xvii hasta la rigurosa edición de José Manuel Blecua en el nuestro. A esta última tarea se dedica minuciosamente el primer capítulo, reservándose el segundo para un catálogo descriptivo, acompañado de un estudio bibliográfico de los treinta y ocho manuscritos y veinticinco impresos sobre los que se basa esta edición, sin olvidar incluir un estudio de las filigranas de papel (reproducidas en el Apéndice) de treinta y tres manuscritos analizados *in situ*. A partir del tercer capítulo comienza el estudio textual que establecerá la versión más fiable para cada poema, tras un detalladísimo cotejo de manuscritos e impresos, complementado con una cuidadosa anotación de versos.

Fiel a los principios de la crítica filológica, Plata desconfía de argumentos estilísticos para la fijación de textos; de suerte que el peso de las notas críticas cae sobre el peculiar uso lingüístico quevediano, las diferentes acepciones, los significados posibles para la época, alusiones lingüísticas a costumbres de aquella España y comparación con otros usos y significados que alcanzan nuestro siglo, sin faltar, claro está, las explicaciones de equívocos y conceptismos, remitibles en muchos casos a sucesos coetáneos a Quevedo. Esquiva la labor editorial asimismo el exceso de anotaciones, fiel ahora a la Escuela filológica de Navarra que edita el presente texto, y práctica que pretende, más que evitar lo engorroso del aparato crítico, establecer prioridades en cuanto a la inclusión de notas de veras relevantes y pertinentes. Esto no impide, por otro lado, que tanto la variedad como la cantidad de materia utilizada por el crítico revele un claro afán de exactitud. Discusiones de posibles fuentes clásicas, argumentos para refutar o sustentar determinadas versiones, vocablos, acepciones, apoyo contextual para ciertas variantes y un sinfín de detalles avalan el estudio y la edición como de un rigor y una seriedad, no ya simplemente indudables, sino hasta ejemplares.

No pedimos excusas por no haber seguido aquí la dudosa costumbre de intentar contrapesar nuestro juicio tan positivo con otro menos entusiasta. Podremos o no estar de acuerdo con determinadas conclusiones, labor que pertenece a un estudio más detenido y especializado que desbordaría la presente reseña. Lo que más nos urge hacer constar aquí es que el rigor crítico con el que Plata ha montado su edición y estudio sigue siendo, insistimos, ejemplar.

Es verdad que este tipo de libro no está de moda actualmente. De un tiempo acá, como es sabido y a veces reprochado, cierta crítica de nuestro tiempo postmodernista suele ocuparse más de sí misma que del texto en cuestión, el cual se convierte así en un pretexto —nunca mejor dicho— de regodeo crítico-teórico. Nos parece muy bien desde esa su perspectiva limitada; desde otro punto de vista más global, siguen siendo imperdonables casos como los que plantea este libro de un autor excelso cuya obra aún no ha sido del todo recogida y fijada. Sorprende enterarse por la Introducción que este es el primer libro y edición de Plata. Pues este libro confirma que la valiosa tradición de una crítica decidida a estimar como es debido la palabra y el texto sigue en pie, y muy rectamente en pie, entre los jóvenes investigadores. A fin de cuentas, no hay que olvidar nunca que de eso es de lo que se trata la literatura y muy especialmente la poesía: de la palabra en el tiempo, por decirlo con Machado. Eso mismo es lo que viene a decir con Quevedo tan simple como brillantemente este libro de Plata.

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN GUERRA

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Arte de putear*. Ed., introd., notas y glosario de Isabel Colón Calderón y Gaspar Garrote Bernal. Ediciones Aljibe, Archidona (Málaga), 1995; 243 pp. (*Erótica Hispánica*, 1).

El *Arte de putear* no hace mala figura al lado de los grandes poemas “libertinos” europeos del Siglo de las Luces, sobre todo si se considera que, en este terreno, Francia le llevaba a la pobre España una enorme ventaja. Moratín es tan modernizador, tan educador, tan luchador contra “errores comunes” como el P. Feijoo. Claro que el *Arte de putear* tiene un ámbito mucho más restringido que el *Theatro crítico*, pero su osadía es infinitamente mayor. Así, no es de extrañar que apenas en la segunda mitad del siglo xx haya recibido la atención que merece. Para la edición aquí reseñada, Isabel Colón y Gaspar Garrote han podido aprovechar en buena medida la labor de predecesores como Edith Helman (1955), Manuel Fernández Nieto (1977) y Vicente Cristóbal (1986), de tal manera que la suya casi merece llamarse *editio cum notis variorum* (lo cual es elogio). El texto está bastante bien editado, y hay además una introducción dedicada en parte a crítica textual y en parte a análisis del “contenido”<sup>1</sup>, una nutrida

<sup>1</sup> Hay aspectos del “contenido” que parecen tocados un poco de prisa. Creo que los editores han perdido una buena ocasión para acentuar la modernidad de un poe-